caracteres confusos: preténdese que él mismo no pudo leer mas que estas palabras: *Entregad todo á;* y que entónces hizo llamar á Ana, su hija querida: añádese que cuando llegó la princesa, tenia ya paralizado todo el lado izquierdo, y que no espiró sino quince horas despues (el 28 de enero de 1725) en las mas terribles convulsiones de agonía. Pedro espiró á las cuatro de la mañana, á la edad de cincuenta y dos años, despues de haber reinado cuarenta y tres.

CATALINA I, ALEXEIEVNA.

De 1725 á 1727. Apenas hubo cerrado los ojos Pedro el Grande, subió Catalina al trono: la guardia estaba cohechada; y Mentchikof habia preparado los ánimos para ello. Por lo demás, parece que el pueblo, el clero y la nobleza estaban favorablemente dispuestos hácia ella. Catalina habia hecho su fortuna, y jeneralmente están de acuerdo en reconocer que muy á menudo habia usado de su crédito para obtener de Pedro gracias ó conmutaciones de penas. El partido adicto á las costumbres antiguas creyó haber ganado mucho viendo pasar el cetro de las manos fuertes del reformador á las de una mujer. Sin embargo, el odio que tenian á Mentchikof habia estado á pique de desbaratar todas las medidas que habia concertado con la emperatriz. Se trataba de colocar sobre el trono á Pedro II. Mas los ánimos amoldados á la obediencia servil por un reino tan largo, no tuvieron bastante enerjía para la ejecucion. El arzobispo Teofano, adicto á los intereses de Catalina y de Mentchikof, contuvo el clero y la nobleza, diciendo que Pedro habia hecho coronar á su esposa para asegurarle el derecho de reinar despues de su muerte.

Dueña del imperio, y apoyada por Mentchikof, prueba Catalina de continuar la obra de Pedro I; pero el respeto que debia á su memoria no la impidió el levantar el destierro del vice-canciller Schafirof y el de la hermana de Moens, madama de Balk. Para granjearse el favor de las tropas, les hizo pagar todo lo atrasado, que ascendia á sumas considerables, y contuvo á los Cosacos con la construccion de algunas fortalezas.

Cuatro meses despues de su advenimiento al trono, la princesa Ana, hija mayor de Pedro, casó con el duque de Holstein. Mentchikof, cuya fortuna era considerable, casó á su sobrina con el conde de Sapieha que hizo venir de Polonia. Este señor fué nombrado chambelan; y su padre mariscal jeneral de los ejércitos rusos. La corte de Viena le notició que el emperador y la emperatriz verian con gusto el casamiento de Pedro II con una de las princesas Mentchikof; y adulando de este modo el orgullo de aquel poderoso ministro, logró concluir con la Rusia un tratado de alianza defensiva, en perjuicio de esta última potencia. Mentchikof, que podia ver frustrados sus designios, en el caso en que Pedro II llegase á morir prematuramente, resolvió entroncar con la familia de Pedro el Grande, casando á su hijo con la princesa Natalia. Entre tanto se hizo nombrar jeneralísimo de las tropas de mar y tierra.

Lo que inducirá á creer que Catalina habia contribuido á las persecuciones que sufrieron Alexis y su madre, es la conducta atroz que prescribió con Eudoxia, la cual fué trasportada á Schlusserburgo, confinada en un encierro, y reducida á valerse de sus manos para los usos mas viles de la vida doméstica.

El influjo de la Rusia en los negocios de Europa se manifestaba con mas importancia en medio de las cuestiones que traian divididos los gabinetes. Los dos tratados de Viena y Hanover balanceaban las fuerzas de las partes opuestas. El rey de Prusia se habia declarado por el Austria, y la alianza concluida entre Viena, Madrid y Petersburgo, daba vivas inquietudes á la Inglaterra, la que no ignoraba que no se habia renunciado á los planes de Goertz, relativos al pretendiente. El ministro Walpole puso todo en movimiento para conjurar aquella tempestad, y el parlamento votó los fondos necesarios para ar-

mar tres escuadras destinadas, la primera á inquietar á la España en el mar de las Indias, la segunda á protejer los establecimientos ingleses en el Mediterraneo, y la última á amenazar las costas de la Rusia en el Báltico. El almirante Hozier bloqueó, en Portobelo, los galeones cuyas riquezas debian asegurar la ejecucion de los esfuerzos combinados de los aliados, y forzó á la corte de Madrid á enviar á América los navíos que habia armado en Cádiz; los de los Rusos volvieron á entrar en el puerto de Cronstadt, cargados de mercancías; la escuadra del Báltico se reunió con la escuadra danesa, y las naves inglesas bloquearon los puertos de Revel y Cronstadt.

Las medidas acertadas que habia tomado la Inglaterra precavieron un rompimiento; entónces Catalina volvió todos sus desvelos hácia las reformas y los trabajos principiados por Pedro el Grande. Las intenciones de aquella princesa eran buenas; mas todo lo malo ó lo bueno que se hizo durante su reinado debe atribuirse casi esclusivamente al privado Mentchikof.

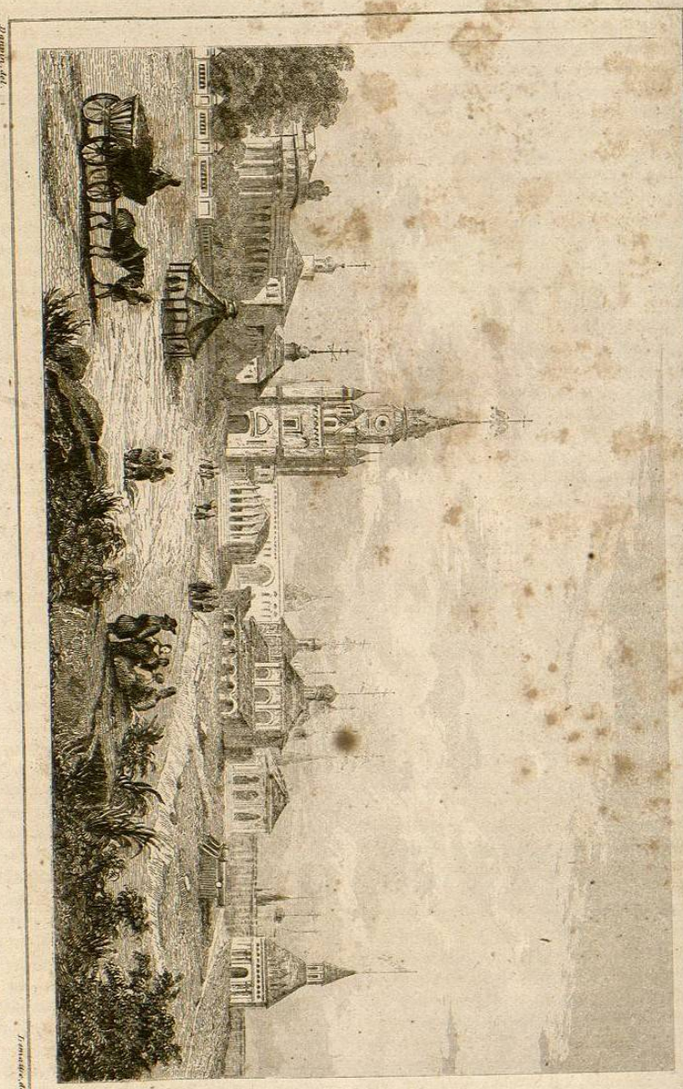
Catalina habia reconocido á Pedro II por su sucesor, sea por una diferencia tardía hácia las voluntades de su esposo, sea por amor á sus propias hijas, á quienes hubiera espuesto al odio de Mentchikof, designando una de ellas para sucederle. Habia caido, hacia ya muchos meses, en un estado de decaecimiento, que los unos atribuyeron á un violento reumatismo, y los otros á un veneno lento que el jeneral Devier le habia hecho tomar con una pera. Por otro lado las fatigas escesivas que Catalina habia soportado con Pedro el Grande, el poco réjimen que habia guardado en sus embarazos, podian haber arruinado su temperamento. Sintiendo acercarse su fin, quiso prevenir las consecuencias funestas de una sucesion en litijio, haciendo un testamento auténtico.

En los estados despóticos, las leyes sobre la trasmision de la corona no pueden establecerse con solidez. Juan III habia declarado que él era dueño de nombrar un heredero; Pedro el Grande habia hecho el mismo insulto á la lejitimidad; mas, en razon de esta misma omnipotencia de los soberanos rusos, sus últimas voluntades se ejecutaban rara vez, á menos que no conviniesen á aquellos á quienes la jerarquía ó el favor ponia en posicion de ejecutarlas. Las cláusulas principales del testamento de Catalina decian que Pedro, hijo de Alexis, sucederia á la corona; que, si él moria sin posteridad, la princesa Ana Petrovna subiria al trono, y despues de ella y de su línea, Isabel, y en fin Natalia: que hasta la mayoría de Pedro II, seria gobernado el estado por un consejo de rejencia, compuesto de Ana, de Isabel, del duque de Holstein, asistidos de Mentchikof y otros cinco senadores. Catalina, despues de haber fijado diferentes legados á sus hijas, no olvidó los intereses de Natalia; resolvió su casamiento con el obispo de Lubeck. El 16 de mayo de 1727, espiró la emperatriz en los brazos de madama de Balk, hermana de Moens, con una gran resignacion. Tenia treinta años, y su reinado duró treinta meses. El carácter de esta princesa fué ponderado en vida de Pedro el Grande; mas luego que la muerte de su bienhechor la hubo dejado dueña absoluta del imperio, dió á conocer lo que era, es decir, una mujer adocenada. El pueblo apenas hizo alto en su muerte, que dejaba la administracion entre las manos tiránicas del privado.

PEDRO II, ALEXEIEVITCH.

De 1727 á 1730. El dia siguiente á la muerte de la emperatriz, se reunió el consejo soberano, designado por el testamento, y declaró á Pedro II czar de todas las Rusias. Apenas fué proclamado su advenimiento, Mentchikof hizo trasladar á su palacio al jóven soberano, como para anunciar que él trataba de arrogarse todo el poder de la rejencia. Desde entónces el consejo fué disuelto de hecho, y el partido de la familia de Holstein vió desvanecidas todas sus esperanzas.

A pesar del cuidado que Mentchi-



La Porte Sainte et des empereurs. La puerta santa y sus abuelos.

MOSCOU. MOSCOU.

kof ponia para alejar del jóven emperador á cualquiera que le fuese sospechoso, se logró despertar en él el sentimiento filial; pidió y obtuvo, á pesar de la repugnancia del rejente, que se levantase el destierro á su madre Eudoxia y se la tratase con los honores debidos á una czarina. Mentchikof comprendió bien pronto el partido que podia sacar de aquella rehabilitacion; envió á la viuda de Pedro el Grande dos jentiles hombres de su familia, para notificarle el advenimiento de Pedro II, y suplicarla al mismo tiempo que consintiese en el casamiento del czar con una princesa Mentchikof. La czarina recibió con tanta sorpresa como alborozo aquel cambio inopinado de fortuna; salió de su prision y se fué á Moscou, donde recibió los homenajes de los grandes del imperio. Poco tiempo despues, la hija segunda del rejente fué desposada con Pedro II, en presencia de la corte y con gran pompa, en el palacio del conde de Rabutin, ministro de Viena. Las exacciones, los crímenes y la arrogancia de Mentchikof, llamaron por fin la atencion del czar, instigado por el jóven príncipe Ivan Dolgoruki, su privado, que le acompañaba á la caza y por cuyo conducto recibia las quejas de los descontentos. Presentóse el jeneral Soltikof en su palacio, y le notificó que tenia órden de arrestarle En vano su mujer y sus hijos solicitaron su perdon. Se contentaron con hacerle saber que el ex-ministro podia retirarse á Raninburgo en el gobierno de Voronoje. Partió para aquella ciudad, que él mismo habia fundado, rodeado de su familia y de sus hechuras, y con un tren que no convenia á un favorito desgraciado: mas apenas hubo llegado á Tver, pusieron los sellos sobre sus efectos, evaluados, con el dinero que se halló en su caja, á tres millones de rublos ó quince millones de francos. Se instruyó su proceso en Raninburgo. Convencido de concusion y de abuso de poder, fué desterrado á Beresof, en el fondo de la Siberia. Su esposa, que perdió la vista á fuerza de llorar, murió en el camino. Mentchikof soportó el destierro con firmeza. Señaláronle diez rublos por dia; esta módica suma bastó para cubrir sus necesidades y las de su familia; y aun halló el medio de hacer algunos ahorros, que empleó en la construccion de una iglesia en la que, segun Leclerc, trabajó él mismo. Aquel mismo hombre estraordinario, representante de la gloria de otro reinado, murió de apoplejía, en medio de aquellas soledades, á donde su despotismo habia desterrado tantas víctimas.

La caida de Mentchikof abria un dilatado campo á las intrigas de los señores á quienes su crédito habia alejado de la corte. Los Lapovkhin y los Soltikof, emparentados con la familia imperial, trataron de apoderarse del mando: mas el jóven príncipe Dolgoruki puso á un lado todos sus rivales, y su familia se hizo poderosísima. El emperador fué á Moscou para hacerse coronar; en esta ciudad vió á la czarina Eudoxia, su abuela. Fué tan viva la alegría de aquella princesa, que tuvo mucho trabajo para volver á cobrar el uso de sus sentidos. Ella ocupó el primer puesto en la ceremonia de la coronacion; habia llegado el tiempo de las reparaciones; fué restablecida en todos sus derechos, y se le señaló una renta de sesenta mil rublos.

Pedro II descansaba en su privado de los afanes de la administracion, y se entregaba al ejercicio de la caza con un ardor que creyó le seria fatal comprometiendo seriamente su salud. Mientras que él se entretenia en sus placeres, Dolgoruki se ocupaba seriamente en los negocios del estado. Reprimió una sublevacion de los Cosacos de Ukrania; concluyó el canal de Ladoga, y estableció en Moscou un consejo supremo, cuyo poder era superior al del Senado. Moscou, con gran contento del partido radical, recobraba la jerarquía de capital del imperio; reinaban por todas partes la alegría y la abundancia, cuando la muerte de la princesa Natalia, hermana del czar, esparció el luto por el imperio. Pedro II pareció inconsolable con aquella pérdida. Dolgoruki hizo cuanto estuvo de su

parte para desterrar del corazon de su señor aquella dolorosa impresion; mas, como favorito diestro, no olvidó sus propios intereses; proporcionó al czar una entrevista con una de sus hermanas, cuya hermosura cautivó al jóven soberano. Los desposorios se celebraron luego, é iba ya á verificarse el casamiento, cuando las viruelas arrebataron á Pedro II, á la edad de diez y seis años, cabalmente en la época de su mayoría.

Al dia siguiente de la muerte del czar, se reunió el consejo supremo para deliberar sobre un sucesor. La posteridad masculina de los Romanof acababa de estinguirse. El consejo creyó deber aprovecharse de la incertidumbre en que se hallaban todavía, para reducir, por medio de un poder moderador, la omnipotencia de los autócratas. El príncipe Dolgoruki, padre del príncipe Ivan, privado del príncipe difunto, hizo presente, que puesto que era una mujer la que debia ceñirse la corona, era justo escojer la emperatriz en la rama primojénita, es decir, proclamar una hija de Ivan. La posteridad inmediata del hermano mayor de Pedro el Grande se componia de la duquesa de Mecklenburgo, que por entónces se hallaba en Moscou, y de la duquesa de Curlandia. Se decidieron en favor de esta última, porque era viuda, y porque su hermana mayor estaba casada con un príncipe estranjero. La verdadera causa, dice Manstein, es que la duquesa de Curlandia se hallaba ausente, y que querian tener el tiempo necesario para tomar las medidas convenientes para afianzar la nueva constitucion. En su consecuencia, redactaron con el mayor sijilo los artículos siguientes: 1.º La emperatriz no gobernará sino sujetándose á las deliberaciones del consejo soberano. 2.º No podrá por sí sola hacer la paz ni declarar la guerra. 3.º No levantará ningun impuesto, y no podrá disponer de ningun empleo de importancia sin la aprobacion del consejo. 4.º No castigará con pena de muerte á ningun jentil hombre á menos que se halle convencido de delito capital. 5.º No podrá confiscar los bienes de nadie. 6.º No podrá, en ningun caso, disponer de los bienes de la corona, ni enajenarlos. 7.º No tendrá la libertad de casarse ni de elejir un sucesor sin el consentimiento del consejo soberano. Estas disposiciones, que habrian puesto la emperatriz en tutela, probaban mas bien la ambicion de la aristocracia rusa que sus luces. Aun suponiendo la posibilidad de un gobierno constitucional en Rusia, en aquella época, era necesario por lo menos dejar á la soberana el poder de hacer el bien, que esta constitucion le vedaba. Salieron inmediatamente tres diputados que representaban el consejo soberano, el senado y la nobleza, para llevar aquellas proposiciones á la duquesa de Curlandia; debian suplicarla al mismo tiempo que, en caso de aceptarlas, no trajese consigo á Biren, jentil hombre de cámara.

La emperatriz firmó cuanto quisieron. «Llegó á Moscou, dice Manstein, el 25 de febrero. El gran canciller, á la cabeza de los miembros del consejo, le presentó, en una bandeja de oro, el cordon de San Andrés, con la estrella. Luego que lo vió ¡*Ay*! dijo ella; *es cierto que me he olvidado de ponérmelo*.» Y cuando el gran canciller quiso cumplimentarla, le impuso silencio. En seguida nombró á Soltikof, pariente de su madre, teniente coronel de guardias; despues, como si hubiese quedado satisfecha con aquellos actos de autoridad, pareció doblegarse sin repugnancia á todas las exijencias del consejo.

Sin embargo, no perdonaba medio para ganarse un partido. Bien pronto, despreciando sus promesas, mandó venir á Moscou á su privado Biren. Procuró granjearse el afecto de los guardias con sus liberalidades, sembró la desunion entre los miembros del consejo, é hizo insinuar á la nobleza de segundo órden que el poder del consejo no hacia mas que sustituir muchas voluntades á la unidad monárquica, con gran detrimento de que no pertenecian á las familias privilejiadas. Sus partidarios recordaban la conducta de los Dolgoruki, desde el reinado de Pedro II, su sed de dominar, su parcialidad para con sus allegados, y su dureza con los que no entraban en sus miras ambiciosas. Los príncipes Trubetskoi, Bariatinski y Tcherkaski eran el alma del partido imperial. Fueron á palacio, acompañados de seiscientos cortesanos, para pedir audiencia á la soberana. A consecuencia de aquella medida concertada de antemano, la suplicaron que convocase el consejo supremo, á efecto de examinar algunos puntos concernientes á la rejencia. Al mismo tiempo, Soltikof se apoderó de todas las salidas del palacio, y la guardia recibió la órden de ponerse sobre las armas. Por otro lado, el consejo y el senado se hallaban reunidos para decidir sobre el partido que habian de tomar en aquella circunstancia imprevista. La órden de comparecer ante la emperatriz interrumpió sus deliberaciones. En presencia de estos dos cuerpos reunidos y de la diputacion de la nobleza, el conde de Matveief, dirijiéndose á la czarina, en nombre de los nobles del imperio, le hizo presente que habia sido sorprendida por los diputados del consejo supremo, y que toda la nacion la suplicaba que tomase las riendas del gobierno. Ana finjió una gran sorpresa; hizo que le trajesen la capitulacion de Mittau, y habiendo ordenado al gran canciller que la leyese, preguntaba á cada artículo si era conveniente á la nacion. Los nobles respondian negativamente; entónces se quejó de haber sido engañada, y rasgando aquel documento como inútil, declaró: «que no habiendo sido gobernado el imperio de la Rusia mas que por una sola persona, queria ella gozar de las mismas prerogativas que sus antepasados, puesto que habia subido al trono, no por via de eleccion, como pretendia el consejo, sino por derecho de herencia, y que todos los que se opondrian al ejercicio de su poder soberano, serian castigados como reos de alta traicion.» La asamblea respondió á aquel discurso con aclamaciones; tomáronse las medidas necesarias para atajar toda resistencia, y se espidieron correos á todas las provincias del imperio para esparcir la noticia de aquella mudanza. El pueblo manifestó una viva alegría, no, como han dicho, porque estaba acostumbrado á la esclavitud, sino porque no hacia gran caso de una libertad que solo aprovechaba á unos cuantos.

El consejo supremo se hallaba en suma zozobra; el príncipe Galitzin fué el único que conservó la serenidad. Desde este momento debe contarse el reinado de Ana Ivanovna, porque hasta entónces no habia sido mas que la representacion muerta de un poder que residia en el consejo supremo.

ANA IVANOVNA.

De 1730 á 1740. Parecia que Ana esperaba restablecer su autoridad para abandonar á su favorito el cuidado del imperio. Biren era nieto de un palafrenero de Jacobo III, duque de Curlandia. Este hombre tuvo dos hijos; uno de ellos entró al servicio de Polonia, y el otro al de Curlandia. Este último acompañó, en clase de escudero, al hijo de su amo, que fué muerto en el sitio de Buda; y á su vuelta obtuvo la plaza de capitan de los guarda-bosques. Tuvo tres hijos: Ernesto, el mayor, fué á Petersburgo, donde recibió la órden de salir del imperio. De vuelta á Mittau, logró hacerse nombrar jentil hombre de cámara de la princesa de Curlandia. No tardó mucho tiempo en obtener sus favores; y el primer uso que hizo de su crédito, fué la pérdida de su bienhechor Bestujef, gran maestre de la corte de la duquesa, á quien debia su colocacion.

La emperatriz le nombró chambelan; y desde entónces se satisfizo persiguiendo á los que le habian dado motivos de queja. El antiguo consejo fué disuelto y reemplazado por otro, bajo el nombre de consejo de gabinete, el cual trasmitia al senado y á los demás ministerios las decisiones supremas en todos los asuntos de entidad.

La desgracia de los Dolgoruki se verificó apenas estuvo disuelto el consejo; la familia de Galitzin tuvo la

misma suerte. Los unos fueron desterrados ó encerrados. La jóven princesa Catalina Dolgoruki, que habia sido desposada con Pedro II, fué desterrada á un convento.

Despues de la coronacion de la emperatriz, que se verificó en 28 de abril, fué nombrado Biren gran chambelan, y elevado á la dignidad de conde.

Durante los dos primeros años del reinado de Ana, aparentó Biren no entrometerse en los negocios, pero mas tarde se dedicó á ello enteramente, y gobernó con un despotismo tal que los mismos Rusos quedaron atónitos. Tuvo bastante ascendiente para desbaratar el casamiento proyectado entre su soberana y el infante don Manuel de Portugal, y obtuvo de la emperatriz que ella se nombraria un sucesor. Su eleccion recayó en su sobrina, casada con el duque Cárlos de Mecklenburgo. Esta jóven princesa cambió su nombre de Catalina en el de Ana, abjurando la relijion protestante. Casó con Antonio Ulrico de Brundwick-Luneburgo, sobrino de la emperatriz de Austria. El pueblo murmuró, y manifestó el sentimiento de ver separada del trono á Isabel.

La Polonia, al advenimiento de la duquesa de Curlandia al trono de Rusia, habia intentado dividir aquella provincia en palatinados y voievodías, mas Biren tenia otras miras, y el influjo del gabinete ruso logró mantenerla en ducado electivo.

Al año siguiente estallaron en Polonia conmociones muy serias. Augusto II acababa de morir; el primado abrió la dieta declarando escluidos de la soberanía de Polonia á todos los príncipes estranjeros. Las cortes de Viena y Petersburgo apoyaron la eleccion del elector de Sajonia; y dos cuerpos rusos se pusieron en marcha, el uno hácia la Ukrania, y el otro hácia la Curlandia. Sin embargo fué elejido Estanislao. Entónces viendo los señores la imposibilidad de salir con la suya por sí solos, se reunieron para dar la corona á Augusto III, é imploraron la proteccion de la Rusia contra el partido del primado, que era el de la Francia. Ana se aprovechó de la ocasion para hacer entrar sus tropas en Polonia. Mientras que Estanislao se apoderaba de Dantzick, el partido de la oposicion, apoyado en el jeneral ruso Lascy, procedió á una nueva eleccion; de modo que los Polacos tuvieron dos reyes, Estanislao, elejido por la nobleza, y Augusto, impuesto á la nacion por la Rusia y por algunos grandes. Cuando se firmó la paz, en 1736, renunció Estanislao á todas sus pretensiones, y gobernó con blandura los ducados de Bar y de Lorena. Augusto quedó pues soberano de la Polonia; pero esto no bastó para pacificar á la Polonia, que se destrozó con guerras intestinas.

La república se hallaba por fin sometida, y Munich se preparaba á volver á Petersburgo, cuando recibió la órden de hacer los preparativos del sitio de Azof. Las depredaciones de los Tártaros en el territorio ruso eran el pretesto de aquella guerra, cuyo verdadero motivo se atribuye á los celos del privado, que temia el influjo de Munich. Esta campaña, que realzó la reputacion militar del mariscal, costó al imperio cien mil hombres, y fué forzoso, por último, comprar la paz con el abandono de las conquistas hechas á los Turcos.

La paz de Belgrado permitió á la la Rusia engrandecerse del lado de la Crimea; Ostermann habia arreglado las condiciones; en ellas se decia que se demolirian las obras esteriores de Azof, que la Puerta no podria construir nuevas fortalezas por el lado del mar, sino á treinta *versitas* mas allá de la ciudad; que los Rusos serian libres de estender sus fronteras á veinte millas de Alemania, en las estepas, y que además conservarian Samara; en fin que los Turcos volverian á ocupar Oczakof y Kenburof.

No se trató, en aquel convenio, ni de Tangarok, ni de los límites del Dnieper, lo que abria campo á las pretensiones de la Rusia sobre la Polonia, y anulaba el artículo del tratado del Pruth, que le vedaba entrometerse en los negocios de aquel reino.

Antes de la conclusion de la paz, que se verificó en 1739, los Tártaros del Kuban fueron sometidos á la dominacion rusa, y Biren alcanzó la investidura del ducado de Curlandia.

Hácia aquella época, mandó la emperatriz celebrar el casamiento de la princesa Ana de Mecklenburgo, su sobrina, con el príncipe Antonio Ulrico de Brunswick.

La Suecia veia con disgusto la Curlandia bajo la dependencia de la Rusia, y los progresos de esta potencia en Polonia. Hubo un momento en que se temió un rompimiento entre las cortes de Petersburgo y Estockolmo.

Habíase concluido la paz entre la Rusia y la Puerta bajo la mediacion de la Francia: proclamóse en 1740, y el marqués de Chetardie llegó á Petersburgo en calidad de embajador. Mientras que el embajador de Francia, conservando su representacion de mediador, procuraba restablecer la armonía entre la Rusia y la Suecia, dió á luz la princesa Ana un hijo, á quien se puso el nombre de Ivan. La emperatriz le adoptó, y fué designado como sucesor, en perjuicio de su madre y de Isabel. Esta medida era obra de Biren, que esperaba, en caso de morir la soberana, conservar su poder durante una larga menor edad.

Ostermann, á quien Biren habia hecho entrar en sus intereses, se presentó en palacio algunas horas antes de la muerte de su soberana, y, en presencia de Biren, le preguntó si queria escuchar la lectura de su testamento. *¿Quién ha escrito este testamento?* le preguntó ella; vuestro esclavo, respondió Ostermann. Cuando le hubo leido el artículo que daba la rejencia á su privado, dijo ella á Biren: *¿te conviene á tí esto?* Poco tiempo despues, la sorprendió una enfermedad que no le dió apenas mas que el tiempo preciso para firmar el testamento. Murió á la edad de cuarenta y siete años, habiendo reinado diez.

IVAN VI. REJENCIA DE BIREN.

De 1740 á 1741. Prestó Biren juramento á Ivan VI, en calidad de rejente, entre las manos de Munich, que habia favorecido su elevacion con la esperanza de que un servicio tan eminente aumentaria su crédito; esto era sacrificar los intereses del estado á miras personales; el mariscal merecia que le engañasen, y así sucedió. No tardó mucho tiempo el rejente en recibir la noticia de que se murmuraba contra él, y que el príncipe y la princesa de Brunswick manifestaban un gran descontento de verse separados del trono; para apagar aquellos rumores, recurrió á sus medios ordinarios, el destierro y el knut; llegó su audacia hasta el estremo de decir que si la princesa se sublevaba, la volveria á enviar á Alemania con su príncipe, y que haria venir al duque de Holstein para colocarle en el trono. Munich se habia lisonjeado de hacer un gran papel durante la rejencia; habia solicitado de Biren que le nombrase jeneralísimo de las fuerzas de mar y tierra; mas le negó esta gracia. El mariscal disimuló su despecho y preparó su venganza. Un dia le encargó el rejente una comision nada agradable cerca del príncipe y la princesa de Brunswick, y la princesa le confió todos sus temores, añadiendo que no podia esperar ningun sosiego mientras Biren gobernase el imperio, y que por lo tanto estaba decidida á volverse á Alemania. El mariscal, que probablemente habia provocado aquella esplicacion, la indujo á no desalentarse y le ofreció sus servicios. El descontento de Munich afianzaba su sinceridad. Para ocultar mejor su intento se manifestó tan asiduo, como tenia de costumbre, con Biren.

El 28 de noviembre comió y cenó con el rejente; durante toda la noche, el duque, inquieto y pensativo, mudó á menudo de conversacion. A las once se separaron.... Luego que el conde Munich llegó á su casa, dijo al teniente coronel Manstein, su primer edecan: «Os necesito mañana

muy temprano.» Hízole llamar á las dos: subieron solos en el coche, y se dirijieron al palacio de invierno, donde residian entónces el emperador y sus parientes. Entraron en el cuarto de la princesa madre, á quien madama Megden, su favorita, hizo despertar. Levantóse; vino á hablar al mariscal, y ordenó á su ayudante que fuese á buscar los oficiales que estaban de guardia en palacio. Luego que llegaron, les contó en pocas palabras los ultrajes sin número que el rejente hacia sufrir tanto á ella como á su esposo y á todos los que le hacian sombra. Añadió que no pudiendo soportar por mas tiempo aquellas indignidades, estaba resuelta á hacer arrestar á Biren, y que esperaba que los valientes oficiales ayudarian á su jeneral y ejecutarian las órdenes que acababa de darle. Los oficiales prometieron cuanto exijieron de ellos; les dió á besar su mano y los abrazó á todos. Bajaron con el mariscal é hicieron poner la guardia sobre las armas. El mariscal tomó cien hombres de los que componian la guardia, y con ellos se dirijió al palacio de verano, donde residia Biren. El mariscal comisionó á Manstein para dar cuenta á los oficiales de la guardia del rejente de las intenciones de la princesa Ana: estos últimos no pusieron mas objeciones que los otros, y ofrecieron su cooperacion para arrestar por sí mismos al duque, si lo creian necesario. Habiendo dado Manstein cuenta de sus buenas disposiciones, le dijo el mariscal: «Tomad un oficial y veinte soldados, penetrad en palacio, arrestad al duque, y en caso de resistencia, matadle sin misericordia.» Manstein, cuya relacion abreviarémos, penetró en el cuarto de dormir del duque y su esposa; dormian tan profundamente, que el ruido de una puerta que hubo que echar abajo no pudo dispertarlos. Entónces, corriendo las cortinas, pidió hablar al rejente. Los dos esposos, despertados sobresaltadamente, gritaron pidiendo socorro; el duque se dejó caer en el suelo para esconderse debajo de la cama; Manstein se precipitó sobre él, y le contuvo hasta la llegada de la escolta. Como probaba de hacer resistencia, los soldados le maltrataron á culatazos, le pusieron un pañuelo en la boca, le ataron las manos y le condujeron desnudo al cuerpo de guardia. Allí le cubrieron con un capote y le metieron en el coche del mariscal.

En aquel mismo dia arrestaron á los dos hermanos de Biren y á muchos señores que le eran adictos; todos los rejimientos que estaban de guarnicion en Petersburgo recibieron la órden de tomar las armas y rodear el palacio. Entónces la princesa Ana se declaró gran duquesa y rejenta, y recibió el juramento *de fidelidad.*

—

REJENCIA DE LA GRAN DUQUESA ANA Y DEL PRINCIPE DE BRUNSWICK.

—

1741. Apenas se vió Ana dueña del imperio, nombró á su esposo jeneralísimo y al conde Munich primer ministro. Los oficiales que habian tomado parte en el arresto de Biren recibieron favores y ascensos; medida imprudente que confiere á la traicion las recompensas debidas solo á los servicios y á la lealtad.

El mariscal habia llegado al colmo de sus deseos; mas no tardó en reconocer que es mas fácil perder á un enemigo que mantenerse en el favor de los príncipes, y que la intriga destruye lo que se ha hecho por su medio. En efecto, Munich cayó por las intrigas de Ostermann; la princesa le devolvió la direccion de la política, y confió el ministerio del interior á Golovkin. Munich pidió y obtuvo su dimision. En las memorias del mariscal, atribuye su desgracia al tratado de alianza que concluyó con la Prusia, contra los intereses de la corte de Viena, que queria desmembrar los estados de Federico.

Poco tiempo despues de la caida de Munich, la Rusia, solicitada por el marqués de Botta, ministro austríaco, y por el conde de Linar, en-

viado de Polonia y privado de la rejenta, entró en aquella liga, que apoyó haciendo marchar tropas á la Livonia. Hácia la misma época fué declarado co-rejente el príncipe Ulrico.

Biren se hallaba desterrado en Siberia; la Curlandia estaba sin duque; procedióse á una nueva eleccion, y se elijió, por influjo de la Rusia, al príncipe Luis de Brunswick-Brevern, hermano del príncipe Ulrico, á pesar de las protestas del conde de Sajonia y la oposicion de la Polonia. Estas dificultades se complicaron todavía mas con los asuntos de la Suecia. Dominaba en ella el partido de la guerra, á pesar de la mediacion de la Francia; se declaró la guerra á la Rusia, y la Finlandia vino á ser su teatro.

Mientras que la Rusia amenazaba el Norte, recibió la rejenta dos embajadas casi á un mismo tiempo, la una enviada por la Puerta, y la otra por el célebre Tomaskouli-kan. Este príncipe, despues de haber conquistado el Mogol, habia enviado á Rusia, para llevar la noticia, un embajador escoltado por diez y seis mil hombres de tropas y veinte cañones. Fuese por motivo de economía, fuese por aprension de otra especie, eludióse el tal recibimiento, suplicando al embajador persa que no entrase en Rusia mas que con tres mil hombres. La entrada de aquel enviado se hizo con gran pompa; ofreció á la rejenta catorce elefantes y pedrerías de gran valor, y solicitó, en nombre de su señor, la mano de la princesa Isabel.

La rejenta era naturalmente enemiga de las tareas graves, que abandonaba á los ministros. Julia Mengden, confidenta de sus flaquezas, gozaba de toda su confianza, y facilitaba á la princesa frecuentes entrevistas con el conde de Linar. No estuvo tan secreta aquella intimidad que la ignorase el príncipe por mucho tiempo; hizo representaciones inútiles, que ocasionaron un rompimiento. Madama Mengden, para ocultar aquella intriga, tomó el partido de casarse con Linar. Este último, algun tiempo despues de su desposorio, fué á Sajonia para arreglar sus asuntos. Una nueva revolucion previno su vuelta.

Gooukin, celoso de la preferencia que el príncipe Ulrico concedia á Ostermann, trató de contrabalancear su crédito, adhiriéndose á los intereses de la rejenta. La aconsejó que se declarase emperatriz, y todo estaba pronto para esta mudanza, cuando la elevacion de Isabel al trono suspendió la ejecucion de aquel proyecto.

Esta princesa, indolente y entregada á sus placeres, habia visto con aparente resignacion pasar la corona al hijo de su sobrina; habia vivido en bastante intelijencia con la rejenta hasta el momento en que quiso casarla con el príncipe Luis de Brunswick. A todo trance Isabel se habia asegurado un partido en las guardias, mas sus familiaridades con los oficiales y hasta con los soldados, se atribuian á la estremada relajacion de sus costumbres. La Suecia estaba inclinada á favorecer su elevacion, con la esperanza que una vez en el trono, restituiria algunas conquistas de Pedro el Grande: y uno de los motivos que alegó en su declaracion de guerra á la Rusia era el haber escluido del trono á Isabel y al duque de Holstein. En medio de estas circunstancias, murieron casi á un mismo tiempo en Estockolmo Ulrica-Eleonor y el emperador Cárlos VI, y estalló la guerra en toda la Alemania. El marqués de la Chetardie estaba á la cabeza de una revolucion que tenia por objeto derribar á la rejenta y privar á la heredera de Cárlos VI del apoyo de la Rusia, valiéndose, para llevarla á cabo, de Lestocq, cirujano francés, agregado á la casa de Isabel.

Isabel, siempre en medio de sus guardias, habia cohechado ya unos treinta soldados; mas diferia todavía, cuando supo que el rejimiento á que pertenecian sus mas celosos defensores estaba designado para ir á Suecia, y que Ana iba á ser proclamada emperatriz.

La rejenta recibió muchos avisos sobre la conspiracion que se tramaba contra ella; hizo poco caso al

principio, creyendo á la princesa Isabel ocupada únicamente en sus placeres; en fin, resolvió tener una conferencia con ella. Ana le informó que corrian sobre su conducta rumores muy estraños; que su cirujano tenia frecuentes relaciones con el embajador de Francia, y que se veria precisada á hacer arrestar á Lestocq para averiguar la verdad. Isabel no dió la mas mínima señal de inquietud, y apoyó aquella protesta con lágrimas y quejas contra sus enemigos. Engañó completamente á Ana, y Lestocq, sabedor de aquella entrevista, juzgó que era ya tiempo de obrar.

Inmediatamente despues de la conversacion que la rejenta habia tenido la víspera con Isabel, el marqués de Botta habia dicho á Ana: «Vuestra Alteza Imperial ha descuidado hasta ahora socorrer á la reina, mi señora, á pesar de la alianza de las dos córtes; mas como el mal es irremediable, espero que, con el favor de Dios y de los demás aliados nuestros, saldrémos de este cuidado: en cuanto á vos, señora, no descuideis poneros en seguridad: estais en el borde de un precipicio: en nombre de Dios, salvaos, salvad al emperador, salvad á vuestro esposo.» Mas nada la pudo sacar de su ciega confianza.

Los conjurados fijaron la ejecucion de su empresa para la noche siguiente. Isabel temblaba; Lestocq la hizo ver que habia mas peligro en el temor que en la ejecucion. A media noche salió acompañada del conde Vorontzof y Lestocq. Los granaderos atrajeron pronto á su partido trescientos soldados, cabos y sarjentos. «Amigos, les dijo Isabel, ya sabeis de quién soy hija; seguidme.» — «Estamos prontos,» respondieron. La tropa que estaba de guardia en el palacio de invierno no hizo resistencia alguna El rejente y su esposa fueron arrestados en su cama; el jóven emperador, cuya cuna rodearon los soldados silenciosamente, se despertó una hora despues. Viendo lo que pasaba, principió á gritar; acudió su nodriza, le tomó en brazos y lo trasladaron al palacio de Isabel. El mismo dia recibió la princesa el juramento de fidelidad, y declaró en un manifiesto que habia subido al trono de sus padres, que le pertenecia lejítimamente; y que, confiada en sus derechos, habia hecho arrestar á los conspiradores. Tres dias despues, anunció en un segundo manifiesto que no teniendo la princesa Ana y su esposo ningun derecho al trono de Rusia, serian enviados á Alemania. Entretanto los hizo encerrar en la ciudadela de Riga, desde donde los trasladaron al fuerte de Dunamunde. Mas tarde fueron confinados en Kholmogori, á ochenta verstas de Arkangel. En este destierro murió Ana, en 1746, de resultas de un parto. El jóven emperador fué encerrado en Schlusselburgo donde murió á puñaladas, bajo otro reinado, despues de un duro cautiverio de veinte y dos años.

ISABEL PETROVNA.

De 1741 á 1761. Isabel tenia treinta y dos años cuando subió al trono; habia nacido en 1709, año memorable en que Pedro ganó la batalla de Poltava y echó los cimientos del poder militar de su pueblo.

Despues de haber abierto su reinado con favores descomedidos, llamó, segun la costumbre de los soberanos rusos á su advenimiento al trono, todos los desterrados en los reinados anteriores. Mas de cinco mil de aquellos desgraciados faltaron á la lista, sea que hubiesen perecido, sea que los hubiesen deportado bajo otro nombre, y que por este motivo hubiese sido imposible hallar su paradero.

La nueva revolucion que habia sido dirijida por la Chetardie, habia dado mas ascendiente al partido de la Francia: la paz con la Suecia estuvo á punto de concluirse; mas las pretensiones de esta potencia, que reclamaba la Finlandia, rompieron las negociaciones, y la guerra no tardó en encenderse de nuevo. No teniendo herederos, y no queriendo casarse, mandó venir á Petersburgo al jóven duque de Holstein-Gottorp, sobrino suyo, le nombró teniente

RUSSIE RUSIA.

42

Vernier del. Lemaître direxit. Marr. Sc.

Michel Romanof.

Miguel Romanof.